Pero el viejo, antes de que Maltrana le contestase, sonrió tristemente y siguió diciendo con expresión de desaliento:

—No te canses: es inútil. Adiós, señores. A Madrid, mula... Pagaré como siempre. ¿Quién se mete con esos señores que son los amos? Paga tu crimen, ya que por ir á ganar el pan estropeas un poco de pintura. Ellos tienen millones, y pueden reventar con sus coches á un pobre diablo todas las semanas; pueden cubrir la Puerta del Sol con una parrilla de alambres del demonio, que el día que se caiga matará á medio Madrid... Es el planeta de las criaturas. El lobo se come al cordero, el milano á la paloma, el pez gordo al pequeño, y hay que dar gracias al rico, porque pudiendo tragarse al mediano, le deja vivir para que pene.

Así hablaba *Zaratustra.*

---

antecedentes de Isidro Maltrana

II

Al recordar Isidro Maltrana su pasado, deteníase en los años de su infancia, transcurridos en el Hospicio. Algo había en su memoria que le hablaba de una existencia anterior: pero eran recuerdos confusos, vagas remembranzas cortadas por obscuras lagunas de olvido y envuelto todo en una niebla pálida, que amasaba personas y sucesos.

El recuerdo más remoto era el de un patio de casa de vecindad, que á él, en su pequeñez, le parecía inmenso, con una luz triste y fatigada que venía de lo alto, enturbiándose al resbalar por las paredes grasientas, al filtrarse por entre las ropas astrosas, pendientes de las galerías.

Se contemplaba andando á gatas por un corredor interminable, ante una fila de puertas numeradas con esa uniformidad que luego había visto en cuarteles y presidios. Muchas mujeres, sentadas ante las puertas, cosían y charlaban. Otras veces reñían, y, al ruido de sus voces, poblábanse las barandillas de bustos echados adelante por una malsana curiosidad, de cabezas greñudas que azuzaban á las contendientes como bestias rabiosas.

Al anochecer llegaban los hombres. Mostrábanse tristes, fatigados, con el ceño torvo, parcos en palabras, sin otro deseo que el de pedir la cena, maldiciendo sordamente al maestro, á los compañeros, á todos los ricos, á la vida adusta é ingrata, que sólo tenía para ellos rudezas y choques. Otros días, llegaban más tarde, y mientras las mujeres contaban montoncillos de monedas, partiéndolos, como si estas divisiones respondiesen á un cálculo anterior, ellos cantaban, reían, se llamaban de puerta á puerta, de piso á piso, con una alegría de pájaro, olvidados de sus miserias, dominados por la felicidad del momento que creían interminable, hablando de volver á la taberna, en la que habían hecho una larga detención antes de llevar á casa su jornal.

A mediodía, la madre de Maltrana le tomaba en uno de sus brazos y pasando el otro por el asa de la cesta, iba en busca de su marido, el albañil. Comían en las aceras de las calles estrechas y pendientes, junto al pavimento de agudos guijarros; otras veces en plena Castellana, á la sombra de un árbol, viendo pasar lujosos carruajes que, heridos por el sol, echaban rayos de su charolado exterior, y sombrillas rojas y azules, graciosas cúpulas de seda, bajo las cuales marchaban señoras elegantes, precedidas de niños enguantados y con huecos faldellines, que el hijo del albañil contemplaba con asombro. Sentábanse ante el hondo plato, en el cual volcaba la madre el pucherete de los días de abundancia ó un pobre guiso de patatas al final de la semana. Las ráfagas del invierno cubrían la comida de polvo y hojas secas. Cuando rompía á llover, apenas volcado el puchero, la familia se refugiaba en un portal para engullir el resto de su pitanza.

El pequeño conocía la llegada de los domingos por la comida, que era también al aire libre, pero sin andamios cerca, sin la vecindad de blusas blancas, en las afueras de la población, sentados en la hierba rala de algún solar sembrada de botes de lata, pedazos de botella y zapatos viejos; viendo, sobre el perfil de los inmediatos desmontes, la bucólica silueta de una cabra tristona ó de una vaca tísica; escuchando el vals loco, martilleado á toda velocidad, por el piano del merendero, al cual iba su padre para llenar de vino el cuadrado frasco. ¡Cómo recordaba Maltrana las tortillas de escabeche de los días de fiesta, en medio del campo yermo, invadido por los residuos de la ciudad! ¡Cómo los pucheretes con piltrafas de tocino, junto á las vallas de los edificios en construcción!... Su madre apenas comía; sólo se ocupaba de él, llevando una mano al plato, mientras con la otra le sostenía en su regazo. Con el instinto maternal de una pájara, tenía que pasarlo todo por su pico, antes de que lo tragase el pequeñuelo. Llevábase la cuchara á la boca, soplaba en ella, la acariciaba con el aliento y sólo tras de esta purificación se decidía á ofrecerla á su hijo que, echando atrás la cabezota de pelos sedosos, mostraba sus encías desdentadas, su paladar sonrosado, de una palidez anémica. El padre comía mientras tanto, con ávido silencio, devorando lo mejor del plato, y sólo al beber las últimas gotas se fijaba en el chiquitín, pasándolo á sus rodillas. Le daba pequeños pedazos de queso en la punta de su navaja; reía contemplando sus gestos, la grotesca masticación de su boca, semejante á la de un viejo.

Maltrana, al recordar su pasado, preguntábase muchas veces cómo habían vivido sus padres. Los había visto reir, volviendo de las comidas

del domingo, con una alegría extraordinaria, pugnando él por cogerla del talle al envolverles la sombra del crepúsculo, defendiéndose ella, escandalizada, por estar en medio de un camino. Otras veces—y el recuerdo después de tantos años aún conmovía al joven—el padre surgía en su memoria, colérico, con la voz ronca y el rostro congestionado, oliendo á vino, arrojándose, con los puños levantados sobre la pobre mujer, que corría loca de miedo por el tugurio, esquivando los golpes. Estas escenas de terror acababan siempre con la caída del albañil en el camastro, fatigado de golpear á la hembra. Al poco rato sonaban sus ronquidos brutales, mientras la madre, abrazando al pequeño, lloraba sobre su cabeza silenciosamente.

De este período embrionario de su memoria, lo que mejor recordaba Isidro eran las gracias de *Capitán*, un perrillo feo y sucio, camarada de miseria de la familia. Les acompañaba en las meriendas en el campo y las comidas en las aceras. Rondaba en torno del albañil, esperando las migas de su pan, seguidas de patadas, y una vez satisfecha su hambre tendíase junto al chiquitín, acariciándolo con sus traviesas patas, frotándole la cara con el hocico húmedo. Las más de las noches dormíase Isidro abrazado á él.

Un día, el pequeño vió salir á su madre, desmelenada y vociferando, seguida de otras mujeres no menos trastornadas. Luego, una vecina le cogió en sus brazos, sin contestar á las preguntas que la hacía él con infantil balbuceo. «¡Hijo mío! ¡pobrecito!» Era lo único que sabía decir aquella mujer: se acordaba bien. Y se encontró de pronto en una sala grande, que á él le pareció inmensa, blanca y con azulejos; y vió muchas camas, ¡muchas! con

cabezas inmóviles, hundidas en las almohadas, y en una de ellas un rostro entrapajado, casi oculto bajo el cruzamiento de los vendajes; unos bigotes con negros coágulos de sangre, y unos ojos vidriosos por el espasmo del dolor que le miraron, tal vez sin reconocerle. Ya no vió más. Se sintió cogido de nuevo. Pero ahora era su madre la que sollozaba lo mismo que la vecina. «¡Hijo mío! ¡pobrecito!»

La dolorosa visión borrábase instantáneamente en su memoria. Un período de obscuridad venía luego, y, pasado éste, se veía con cierta blusa negra que le daba gran prestigio entre la chiquillería de la vecindad. Tratábanle mejor que antes, como si la desgracia le colocase por encima de todos. Su padre había muerto tras una agonía horrible; magullado y deshecho por la caída desde un alero. Su madre pasaba los días fuera de casa. Visitaba á sus parientes en solicitud de socorros. La familia estaba esparcida en los puntos más extremos de Madrid. Unos vivían en Tetuán, dedicados á la busca: los de la otra rama, más acomodada y feliz, hacía años que se habían trasladado al Rastro, y tenían tiendas en las *Américas*. Pero los socorros disminuyeron así como se fué borrando el recuerdo de la desgracia, y la madre tuvo que buscar trabajo en casas extrañas, servir como asistenta y volver de noche á su tugurio con sobras de comida en la cesta, que servían para alimentar al pequeño.

Entonces fué cuando Maltrana entró en el Hospicio. Una señora, en cuya casa trabajaba la madre, se apiadó del huérfano del albañil. La tal señora tenía la manía de la limpieza, y cada dos días, al frente de sus criadas y con el refuerzo de la asistenta, ponía en revolución sus habitaciones,

apreciando con honda simpatía á la Isidra por el brío con que apaleaba las alfombras, frotaba las maderas y sacudía un polvo imaginario que parecía haber huído para siempre, asustado de esta rabiosa pulcritud. Ella gestionó la admisión del pequeño en el Hospicio, pensando que con esto su madre podría dedicarse con más desembarazo á las faenas. El muchacho, aunque feo, por su charla precoz gustaba mucho á aquella señora sin hijos. Más adelante ya vería de hacer algo por él.

Y comenzó para Maltrana la vida de asilado: una existencia de sumisión, de disciplina, endulzada por el estudio y por los goces que le proporcionaba su superioridad sobre los compañeros. Los maestros mostraron por él gran predilección. El director, con toda su grandeza, que le hacía ser considerado en la casa como un sér casi divino, le conocía y se dignaba recordar su nombre. Las monjas le apreciaban por «modosito y discreto», obsequiándole con golosinas. Cuando algún personaje visitaba el establecimiento, Maltrana salía de filas, para ser presentado como el mejor producto de la institución.

Así transcurrieron los años, amoldándose Isidro de tal modo á su nueva existencia, que sólo en los días de paseo se acordaba de que tenía una familia fuera del Hospicio.

Los jueves y los domingos, á la caída de la tarde, se estacionaban en la acera del Tribunal de Cuentas, frente á la portada churrigueresca del Hospicio, grupos de mujeres pobres con niños de pecho, viejos obreros y una nube de muchachos, que entretenían la espera, plantándose en medio del arroyo para *torear* á los tranvías, esperándolos hasta el último momento; el preciso para huir y no ser aplastados.

Eran las familias de los chicos del Hospicio. Las madres venían de los barrios más extremos de Madrid;. lavanderas, traperas, viudas de trabajadores, mendigas, todo el mujerío abandonado y mísero, que procrea por distraer el hambre. Se trataban como amigas al verse allí todas las semanas. Este encuentro regular unía con estrecha solidaridad á las que vivían en los puntos más apartados de la población.

Esperaban la vuelta de los asilados, que al principio de la tarde habían salido á pasear por las afueras.

—¡Por allí vienen!—gritaba una mujer, señalando lo alto de la calle de Fuencarral.

Los grupos corrían hacia arriba, atropellando á los transeuntes, barriendo las aceras con su impulso, deseando envolver cuanto antes las filas de niños vestidos de gris, que avanzaban lentamente, cansados de la expedición.

Muchas mujeres deteníanse, titubeando. Aquel grupo no era el de su hijo.

—¡Vienen por abajo!—gritaba otra.

Y toda la avalancha retrocedía, empujando de nuevo á los transeuntes, ganosa de salir al encuentro de los que llegaban por la parte opuesta. Era un deseo vehemente de encontrarles lo más lejos posible del Hospicio, de ganar algunos segundos, de prolongar la rápida entrevista, en la que habían pensado días enteros.

La maternidad apasionada y ruidosa de la hembra popular, estallaba con fieros arrebatos á la vista de los pequeños. Los besos parecían mordiscos; las caras de los asilados se enrojecían con los violentos restregones; muchos se echaban atrás, como temerosos de la primera efusión. Era el anhelo de resarcirse en un momento de la dolorosa

abstinencia maternal, de aquella amputación del más noble de los instintos impuesta por la miseria.

La formación de los asilados desbaratábase instantáneamente. Los grises uniformes desaparecían, ahogados en el remolino de los grupos. Las mujeres agarrábanse al cuello de los pequeños y lloraban, sin cesar de hablarles con la incoherencia de la emoción.

—Hijo de tu madre... chiquitín mío... ¡Rico!...

Los hermanos rozaban sus harapos de golfos libres con el uniforme que les admiraba, y no sabiendo qué decir al asilado, enseñábanle en silencio sus juguetes groseros, sus tesoros, los relucientes botones de soldado, los naipes rotos, los trompos, las *estampas* de un periódico ilustrado, guardadas, en sudorosos pliegues, entre la camisa y la carne.

Algún obrero viejo marchaba solo al lado de un hospiciano. ¡Pobrecito; no tenía madre; estaba, en su desgracia, peor que los otros! Su mano callosa, cubierta de escamas del trabajo, acariciaba las mejillas infantiles, mientras la cara barbuda miraba á lo alto, pensando en que los hombres no deben llorar.

—Toma un perro gordo: lo guardaba para un *quince*... Que te apliques... que seas bueno. Pórtate bien con esos señores.

Los asilados avanzaban lentamente entre los besos, las lágrimas y las recomendaciones, llorando también muchos de ellos, pero sin dejar de andar, con una pasividad automática de soldado, como si les atrajese la obscura boca de la portada monumental. Allí eran los últimos arrebatos de cariño, y las pobres mujeres, después de desaparecer sus hijos, aún permanecían inmóviles, mirando con estúpida fijeza, al través de sus lágrimas, al rey, que, espada en mano, corona la obra arquitectónica de Churriguera.

Isidro también encontraba á su madre al volver al Hospicio en los días de paseo. Abalanzábase con las otras mujeres, rompiendo las filas de asilados, y le abrazaba llorando. La Isidra conocía los progresos de su hijo.

—La señora está muy contenta... Los maestros la hablan mucho de ti. Aplícate, hijo mío, ¿quién sabe á lo que podrás llegar? A ver si resultas la honra de la familia.

Y mientras la pobre mujer hablaba á su hijo, entre sollozos de emoción, *Capitán* daba saltos en torno de él, esforzándose por lamerle la cara. Maltrana tomábalo en brazos, y así iba hasta la puerta del Hospicio, oyendo á su madre y llorando conmovido por las caricias y los gruñidos del antiguo compañero de miseria.

Un día, la madre, no le esperó sola. Iba con ella un hombre de blusa blanca, un albañil al que recordaba Isidro como vecino del caserón y camarada de su padre. Era un hombre pacífico, que frecuentaba poco la taberna. Según afirmaban las comadres de la vecindad, había sido abandonado por su mujer, una buena pieza que andaba suelta por el mundo, después de amargarle la existencia. Maltrana se alegró el verle. *El vecino*, como él le llamaba, habíale inspirado siempre gran simpatía. Muchas veces, de chiquitín, entraba en su cuartucho, y sentándose en sus rodillas, le acariciaba el recio bigote, haciéndole preguntas sobre las aventuras de su vida. Era un aragonés parco en palabras, rudo, sobrio, habituado á la obediencia. Había sido soldado en Ultramar, y guardia civil en la península. De sus años de disciplina, guar-

daba un gran respeto á todo poder fuerte, un hábito de sumisión, que le hacía acoger las contrariedades con inquebrantable bondad.

Quedóse ante el asilado sin saber qué decir, sonriéndole con sus ojos de bovina mansedumbre, con su fiero mostacho de veterano, y al fin, le acarició la nuca con una manaza dura, en la que el yeso marcaba con entrecruzados filamentos las escamas de la piel.

—Que sigas siendo bueno—dijo con voz fosca y lenta, que parecía salir de lo más profundo de su vientre.—Que no disgustes á tu pobre madre.

Y el muchacho se habituó á ver todos los domingos al señor José, como si fuese de su familia.

Un día se presentó solo el albañil, y antes de que el muchacho entrase en el Hospicio, le explicó la ausencia de su madre. La Isidra estaba enferma: no era cosa de cuidado; asunto de quedarse en casa un par de semanas, sin bajar á verle. Y cuando pudo descender de aquel barrio extremo, donde se amontonaba la miseria obrera, Isidro la vió más flaca y amarillenta, llevando al brazo un envoltorio de ropas, por entre las cuales salía un llanto desesperado y unas manecitas crispadas por la rabia.

—Mírale, Isidro... Es Pepín: es tu hermano. Bésalo, hijo mío.

Maltrana besó aquel hermano inesperado que de repente surgía en su familia: vió en el lío de ropas mojadas y mal olientes, una cabeza enorme sobre un cuello delgado; un cuerpecillo débil que anunciaba una fealdad igual á la suya.

Desde entonces dividió sus caricias entre el chiquitín y el pobre *Capitán*, que parecía celoso de este huésped que monopolizaba todas las atenciones de la familia.

Maltrana, años después, al percatarse de las realidades de la vida, había reconstituído la vulgar aventura de su madre, juzgándola con benevolencia. La pobre mujer, en su soledad, se había sentido atraída por *el vecino* infeliz, solitario como ella. Las dos desgracias se habían juntado.

Además, ella necesitaba un arrimo, según declaró á su hijo poco antes de morir. Sus faenas no la daban muchas veces para comer, y aquel trabajador, sobrio y bueno, que no frecuentaba la taberna y acogía las desgracias silenciosamente, sin cóleras y sin golpear á la hembra, valía más que su marido.

Vivían *amontonados* (palabra de las vecinas), sin que esta situación irregular produjese el menor escándalo en un caserón, donde la miseria favorecía promiscuidades merecedoras de mayores repugnancias.

El señor José, en su acatamiento supersticioso á todo lo establecido, quería salir de este arreglo anormal. El no iba á misa, pero sentía gran respeto por la religión, como una autoridad más de las que hacen marchar al hombre derecho. Por esto deseaba casarse como Dios manda. Aquella pájara, que tanta guerra le dió en su matrimonio, debía de haber muerto; habría reventado en el hospital de San Juan de Dios ó en medio de la calle. Sólo faltaba sacar el *mortuorio*, y se casaban inmediatamente. Pero la Isidra negóse á esto. ¿Y su hijo? ¿No expulsarían á su Isidrín del Hospicio, al tener un padre que trabajase por él?... Ella le quería allí; le quería sabio, ya que, según los informes de los maestros, iba para ello y la señora mostrábase cada vez más dispuesta á hacer de él un señorito, un hombre de carrera. Tenía fe en el porvenir de su hijo. Sería rico y personaje.

¿Quién podría afirmar la imposibilidad de que ella pasase su vejez en un hotel, con carruaje y grandes sombreros, lo mismo que las señoras cuyas casas frecuentaba para trabajar como una bestia?...

—Mi Isidro tiene buena estrella. No faltará quien le empuje, hasta que sepa seguir solito su camino.

En las grandes fiestas del año, el muchacho salía del Hospicio, para pasar el día en la casa de su protectora. Isidra refugiábase en la cocina con las criadas, trémula de emoción, al ver á su hijo en el comedor, sentado junto á la señora y hablando con los amigos de ésta, todos personajes de imponente gravedad. Hacían preguntas al muchacho para apreciar sus adelantos, y á todos los asombraba con la rapidez y aplomo de sus respuestas. ¡Que le fuesen al nene con preguntitas!... Isidra, oculta tras un portier, llamaba á las criadas para que admirasen al chico. Era el propio Niño Jesús discutiendo con los doctores del Templo, tal como ella lo había visto en ciertas estampas.

La señora mostrábase satisfecha de su protegido. Los elogios de los amigos, gente seria y parca en la admiración, los aceptaba como otros tantos halagos á su amor propio. Isidro era su obra. Además, le quería por su carácter tranquilo, por su timidez, que le hacía permanecer horas enteras en una silla, sin atentar á la limpieza de su salón y al buen orden de las cosas, que eran en ella una manía.

Viéndole tan sabio, quiso costearle la carrera del sacerdocio. Pero Maltrana, á pesar de su timidez, acogió la oferta con un mohín de disgusto. ¿No tenía vocación de cura?... La buena señora no quiso torcer su voluntad. Que estudiase lo que

quisiera: al fin, en todas las profesiones se podía servir á Dios y defender las sanas doctrinas de las personas decentes.

Maltrana comenzó á estudiar el bachillerato sin salir del Hospicio. Cada curso fué un motivo de entusiasmo para su protectora y su madre. Premios, matrículas honoríficas, palabras de satisfacción del director, ufano de que el establecimiento incubase tal prodigio.

—Se bebe los libros—decía la Isidra.—Yo no sé de dónde he sacado á este fenómeno.

El señor José sólo le veía de tarde en tarde. Su mujer no osaba llevarlo á casa de la señora por miedo á que ésta se enterase de su situación irregular. Isidro ya no paseaba con los demás asilados, y cuando el albañil le encontraba casualmente, hablábale con respeto, como si presintiera en él á un futuro representante de aquella autoridad que le inspiraba religiosa adoración.

—Eso marcha, muchacho. Sigue zurrando á los libros. Tú irás lejos... Te lo digo yo, que he visto de cerca á los grandes personajes.

Y pensaba en su hijo, en su Pepín, que ya tenía siete años y llevaba descalabrados á varios chicos de la vecindad. Era un genio asombroso para echar la zancadilla y poner la piedra donde fijaba el ojo. Pepín pertenecía á otra raza: la de su padre. Había nacido para obedecer, para quedarse abajo.

Cuando Maltrana terminó el bachillerato, la señora se lo llevó á su casa. No podía seguir en el Hospicio, y era indigno de un futuro sabio, de un señorito, vivir en la casucha de su madre. Isidro comenzó á seguir en la Universidad Central los cursos de Filosofía y Letras. Quería ser doctor, luego catedrático, y después... ¡quién sabe á lo que podría llegar después!...